



LA DRAMATURGIA Y EL SAINETE

Edilio Peña

En esta última década se ha producido dentro de la dramaturgia teatral venezolana un recrudescimiento del Sainete como forma expositiva de contenidos históricos y políticos, llamando la atención su particular inclinación, el chiste.

Pareciera que nuestra voluntad dramaturgica no logra encontrar un humor revitalizador y contundente para hacer reir. Porque no se trata de recursos baratos para pulsar la carcajada, ya que el humor, al contrario del chiste, no es un sedante apaciguador de la conciencia social en conflicto, sino que persigue ser un impulsador de rebeliones inéditas frente a la realidad de cualquier Estado constituido, inclusive ontológico.

Cuando el Sainete hace presencia dentro de las dictaduras de la América Latina, lo hace como una desviación del Naturalismo, haciendo interpretaciones planas de la realidad, sometiéndola a la superficialidad de una conciencia resignada. Cultivando una ignorancia mítica, bucólica de añoranzas y desdichas. Y es que el Sainete, se apega a la Natividad, a una defensa ciega e impotente de la Patria. Pero siempre en voz baja, sin comprometerse. El negro, la comadre, el amanerado, el doctor, la pareja de novios o el bobo, pueden ser el tránsito sin sentido de una historia de equivocaciones mediocres, en un día caluroso. El Sainete progresó con el ruralismo del Subdesarrollo Latinoamericano. Y el escaso basamento ideológico lo bebió en las fuentes tardías del Positivismo. Ese decálogo de verdades que sólo se ocupaba de los fenómenos y no del tuétano de las realidades. La audacia de los dramaturgos del Sainete llegaba a la

caricatura de uno que otro personaje del régimen, pero nunca se metían con el poder. Aunque esto no les evitó dolorosas prisiones.

Los dramaturgos del Sainete hicieron concesión con la dictadura al convertir las castas más pobres en arquetipos de risa. Olvidaron la gran enseñanza del dramaturgo francés, Molière. La lúcida irreverencia de Molière heredó de la Comedia del Arte, el fresco humor, para transformarlo en un humor más incisivo y diseccionador de una clase que surgía frente a la decadencia de la Aristocracia: La Burguesía. Es verdad que al principio Molière fue un dramaturgo nacional, dibujando tipos y murales sociales. Pero lo extraordinario es que la estructura de sus textos teatrales se enriquecieron en el fuego de la confrontación y el desafío, trascendiendo el problema del "francés" en problema del humano. Molière, en su esplendor creativo, había borrado toda concesión con la aristocracia y cualquier identidad con la burguesía. Había alcanzado el noble sitio de Shakespeare: el hombre como multiplicidad del universo que nos mira.

La dictadura como la democracia, conserva una constante política y cultural que la hermana: el populismo. Esta identidad, también justificó la transición histórica reciente, y el maquillaje las veces que se repita, forjando en la población formas conductuales que se trasladan así mismo a las formas creativas, particularmente a expresiones artísticas, a través de los medios que buscan un correlato comunicacional con la muchedumbre: la radio, la televisión, el cine y el teatro. En estos medios la comunicación ha dejado de ser un objetivo, por eso el chiste (en algunos casos, cuando se le utiliza) es más importante que el verdadero humor. Porque el humor implica una profundización de lo cotidiano, en cambio el chiste es una asunción alienante del inmediatismo, así nos haga reír. Es deducible, entonces, que la risa puede ser la resultante de una manipulación dirigida a la conciencia del espectador. Bien sea para vender un producto, para hacer olvidar, pero nunca para confrontar de manera dinámica la realidad en la diversión.

Hoy en día, quienes predicán y escriben una dramaturgia del chiste, lo hacen burlándose de los personajes que no tienen presencia en el poder, y por otro lado, cuando abordan personajes del poder es sólo para expresar la impotencia del "aquí no pasa nada". Una forma cobarde de perdonarle a la Oligarquía Democrática el saqueo de esta geografía llamada Venezuela. Es más, se trasluce en los textos un espíritu amargado, ácido, un resentimiento con el poder por no estar en el poder. La única virtud es que la poética embruja el contenido. Algo parecido hizo Racine con la tragedia griega. Poetizó los textos clásicos y la poetización nos sumergió en un sentimentalismo que anuló la fuerza catártica y primigenia de la tragedia.

La democracia venezolana, necesita y solicita reformas, pero reformas enquistadas en las premisas del pasado. La dialéctica del pasado se repite en el estatismo de sus intereses. Y algunos dramaturgos venezolanos, son utilizados por la necesidad de un éxito de cantidad. Y lo más grave, es que se sienten con el deber de una patria que no existe, con una patria que es el espejismo de una heredad patológica. Porque lo que se construyó en este país no fue el sueño de Bolívar, sino el tenebroso engendro de sus detractores. Y fruto de ese engendro es el Sainete, con el cual no se podrá construir un Teatro Nacional, porque el concepto de Nación, que defiende, es absolutamente fronterizo y provinciano.